

VASCONCELOS Y LOS LIBROS:
EDITOR Y BIBLIOTECARIO

JAVIER GARCIADIEGO
El Colegio de México

*Para Lorenza, una maestra
como las quería Vasconcelos,
y una maestra como las
que México necesita.*

LA LECTURA COMO VOCACIÓN

José Vasconcelos participó a todo lo largo de la Revolución mexicana, pero su lucha no fue hecha con las armas. Su contribución tampoco fue política o ideológica. Su aportación fue cultural. Vasconcelos fue un hombre de letras: lector contumaz, prolífico autor, ambicioso editor y bibliotecario generoso. No son pocos los que señalan que el antecedente principal, aunque indirecto, del proyecto que llevó a la creación de los 'libros de texto gratuitos' fue el programa editorial de José Vasconcelos, personaje mítico y polémico, de notorios claroscuros. La afirmación tiene varios fundamentos: los creadores directos de los 'libros de texto', a mediados del siglo xx, fueron Jaime Torres Bodet, colaborador de Vasconcelos cuando éste fuera rector y secretario de Educación Pública, y Martín Luis Guzmán, su compañero en el Ateneo de la Juventud¹. La afirmación podría ser exagerada, pues la antigua cercanía de Vasconcelos con Torres Bodet y con Guzmán no permite asegurar que a él corresponde la paternidad de este gran proyecto editorial del Estado mexicano. Por otra parte,

¹ Véase el libro de Hernández 1986.

la afirmación podría resultar parcial, pues en realidad Vasconcelos diseñó toda una política relativa a la lectura, que incluía campañas de alfabetización y construcción de bibliotecas, y no sólo edición de libros escolares².

El que Vasconcelos tuviera todo un programa comprensivo sobre los libros y la lectura dependió de su biografía³, aunque no deben menospreciarse ciertas influencias de otros educadores notables, como la atribuida al educador soviético Anatoli Lunacharski y como la aceptada por él respecto al escritor catalán Eugenio D'Ors⁴. Al margen de estas influencias, es un hecho que Vasconcelos fue siempre un lector, desde niño, pero uno que padeció las pobreza de las empresas editoriales y de los repositorios bibliográficos del México de finales del siglo XIX y principios del XX⁵. Por lo tanto, su proyecto en cuanto a edición de libros y a construcción de bibliotecas fue una respuesta a sus experiencias vitales, así como producto de un claro y atinado diagnóstico sobre la situación bibliotecaria y editorial del México posrevolucionario. También provenía su ambicioso plan de una doble convicción íntima: primero, que la Revolución tenía tantos compromisos agrarios y laborales como educativos; segundo, que la auténtica regeneración política y socioeconómica del país debía ser acompañada o precedida de una regeneración espiritual.

La familia de Vasconcelos pertenecía a la clase media pueblerina, y el empleo del padre en el ramo de aduanas los obligó a llevar una vida itinerante. Sus primeras lecturas las hizo en su casa: por un lado, el *México a través de los siglos* y la *Geografía* y los *Atlas* de Antonio García Cubas, probablemente adquiridos por su padre; por el otro, libros católicos proporciona-

² Para conocer algunos acercamientos a la política editorial de Vasconcelos, véanse Garrido 1984; Loyo 1988 y Krauze 2010. Obviamente, también debe consultarse la admirable obra de Fell 1989, pp. 479-521.

³ Véanse Vasconcelos 1983a, 1983b, 1984a y 1984b. La primera edición de sus memorias —*Ulises criollo*, *La tormenta*, *El desastre* y *El proconsulado*— apareció bajo el sello de la Editorial Botas entre 1935 y 1939. Consúltense también Blanco 1977; Krauze 1983, y Robles 1989.

⁴ Vasconcelos, casi nunca modesto, reconoció la influencia de D'Ors en forma clara, al decir que “uno de los modelos que con más fidelidad imitamos fue el ideado por Eugenio D'Ors en sus bibliotecas de la Mancomunidad catalana. Sus listas de obras nos sirvieron en muchos casos de base para formular las nuestras”. Véase Vasconcelos 1981b, p. 175.

⁵ Vasconcelos reconoció que su pobreza y la de las bibliotecas mexicanas habían “contenido la avidez de su apetito” por los libros. *Cfr.* Vasconcelos 1983a, pp. 365-366.

dos por su madre: uno de ellos, *El genio del cristianismo*, de Chateaubriand, provocó “el acontecimiento libresco de todo aquel periodo de mi vida”⁶. En cuanto a bibliotecas escolares, su primer recuerdo se remonta al instituto donde estudió la primaria superior en Campeche, cuya biblioteca era un auténtico “santuario”. Su memoria no puede ser más expresiva: “entraba a ella con emoción” pues “nunca había tenido a mi alcance tal número de libros”. Un Vasconcelos visionario prometió rotundamente: “desde entonces me quedó la idea de hacer, alguna vez, una biblioteca más grande [...]”⁷.

Poco tiempo después, ya radicado en la ciudad de México para estudiar la preparatoria y la ‘carrera’ de Jurisprudencia, Vasconcelos utilizaría las bibliotecas de ambas escuelas, así como la Biblioteca Nacional, “mal adaptada” en la ex iglesia de San Agustín⁸. Al estallar la Revolución Vasconcelos tuvo que radicarse en Estados Unidos, y fue entonces cuando pudo comparar las condiciones bibliográficas de ambos países, calibrando la atención que el gobierno y la sociedad norteamericana ponían en sus bibliotecas públicas: acervos ricos y actualizados, plurales en términos étnicos, ideológicos y religiosos, bien instalados. Dado que el estallido de la lucha maderista lo llevó a Nueva York y a Washington, ahí, “aprovechando que no tenía amigos ni dinero para diversiones”, se dedicó “con voracidad a la lectura”. Resulta comprensible que lo asombraran los cuantiosos fondos bibliográficos de la Biblioteca Pública de Nueva York y de la del Congreso en Washington, en la que asegura que encontró “todo lo que cita Menéndez Pelayo”; sin embargo, reconoce que fue en la biblioteca del barrio en que habitaba donde inició sus lecturas indostánicas. Su yancofobia aflora en sus opiniones arquitectónicas: a la cúpula del Capitolio en Washington la consideró “ridícula”, y el obelisco, aunque altísimo, le parecía coronado por una “punta sin mensaje”. Significativamente, fue la Biblioteca del Congreso, por su “gran bóveda”, el único edificio público que le generó pensamientos “de ternura”⁹.

Pocos años después la derrota de la facción convencionista lo llevó a refugiarse, entre 1915 y 1920, en Texas y California. Toda proporción

⁶ *Ibid.*, pp. 42 y 97.

⁷ *Ibid.*, p. 96.

⁸ *Ibid.*, p. 130.

⁹ *Ibid.*, pp. 338 y 366, y Vasconcelos 1983b, p. 548.

guardada, su opinión fue la misma. Según Vasconcelos, “el único lugar noble” en San Antonio era la biblioteca pública, la que tenía “unos diez mil volúmenes bien elegidos y cómodas salas de lectura”. La de Los Ángeles le pareció “muy superior” a la de San Antonio, y aunque “sin los esplendores de la de Nueva York”, resultaba “suficiente para el que no anda en busca de manuscritos raros”. La acertada valoración de la biblioteca californiana y el reiterado rechazo de Vasconcelos a los bibliófilos, quienes aprecian los libros “por fuera”, sin buscarles “el jugo”¹⁰, explicarían que luego, al ser secretario de Educación Pública, diera prioridad a la construcción de bibliotecas pequeñas pero funcionales, útiles.

REGRESO TRIUNFAL

Los acontecimientos históricos que lo llevaron del exilio a la rectoría y al gabinete pueden ser sintetizados brevemente. Sucedió que la disolución del primer mandato convencionista¹¹ lo obligó a salir del país y a convertirse en un activo crítico del gobierno de Venustiano Carranza. Cuando a mediados de 1920 éste fue derrocado por la revuelta de Agua Prieta, en favor de Álvaro Obregón, Vasconcelos fue invitado a regresar al país y a incorporarse a la administración provisional de Adolfo de la Huerta. Buscando los ‘aguaprietistas’ construir un gobierno que reconciliara a las principales facciones revolucionarias¹², al ex maderista, ex constitucionalista y ex convencionista Vasconcelos se le ofreció la rectoría de la Universidad Nacional¹³. Desde ésta diseñó y construyó la Secretaría de

¹⁰ *Ibid.*, pp. 518, 791 y 859.

¹¹ Recuérdese que José Vasconcelos fue miembro del gabinete, obviamente en Instrucción Pública, del breve gobierno de Eulalio Gutiérrez, que duró de principios de noviembre de 1914 a mediados de enero de 1915. El director de la Biblioteca Nacional durante ese breve periodo fue Martín Luis Guzmán, su compañero del Ateneo y primer director, más de cuarenta años después, de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos.

¹² Véanse Garcíadiego 1974; Quiroz 1982, y Castro 1992, 1998 y 2002.

¹³ En rigor, y dado que la Universidad Nacional aún no era autónoma, el puesto era el de Jefe del Departamento Universitario y de Bellas Artes. En ausencia de una secretaria del ramo, dependía directamente del presidente del país.

Educación Pública (SEP) distinta a la de Instrucción Pública fundada en 1905 por Justo Sierra¹⁴.

Las divergencias entre ambas secretarías eran notables. A diferencia de la primera, cima del sistema educativo porfirista, dominado por el positivismo, el proyecto de Vasconcelos reflejaba sus afanes ateneístas y la experiencia revolucionaria vivida por el país, en la que él participó desde un principio. Eran dos las características esenciales de la nueva institución: primero, su compromiso social, expresado claramente en la ampliación de la oferta educativa a los sectores populares, la cruzada alfabetizadora y las labores de difusión cultural; segundo, el protagonismo que le otorgó a las actividades artísticas. Vasconcelos contemplaba tres procesos educativos paralelos y simultáneos: según él la Revolución no podía reducirse a la reforma agraria o al reconocimiento de las demandas obreras, puesto que también había una unánime exigencia para que la educación pública beneficiara a todos los sectores sociales del país y llegara a sus más recónditos lugares. De otra parte, Vasconcelos estaba convencido de que el arte y la cultura eran componentes inseparables de la educación, y de que difundir arte y cultura entre los sectores más desprotegidos de la sociedad los beneficiaría en forma directa e inmediata. Por último, también sabía que el México posrevolucionario debería ser definido por una nueva identidad nacional, de país nacionalista y justiciero, identidad que sería más rápida y generalmente aceptada si se expresaba artísticamente. De allí la necesidad de elaborar una nueva pintura, una nueva música y una nueva literatura; de allí la exaltación de la artesanía popular¹⁵.

Las actividades de la SEP de Vasconcelos se organizaron con base en tres ejes prioritarios¹⁶: los asuntos meramente instructivos, que abarcaban desde la construcción y reparación de escuelas hasta la relación con los profesores, pasando por el diseño de los planes y programas de estudio; el segundo

¹⁴ Para analizar la vida y obra de Justo Sierra, véase Dumas 1986. Para las diferencias entre ambas secretarías, véase Garcíadiego 1996.

¹⁵ La bibliografía sobre la cultura mexicana durante los inicios del periodo posrevolucionario —o sea los años veinte— es amplísima. La síntesis más reconocida es la de Monsiváis 2010.

¹⁶ Tal vez el mejor análisis del proyecto y de las labores educativas de Vasconcelos sea el de Fell 1989 citado en la nota 2.

elemento era el referente a los libros y las bibliotecas; el tercero tenía como objetivo propiciar la creación y difusión del arte y la cultura, tanto del arte mundial —no solamente occidental— como de las nuevas expresiones culturales mexicanas. La creación de un departamento exclusivo para los asuntos bibliotecarios era una necesidad impostergable, porque el país carecía de sistema bibliotecario, “y sólo el Estado puede crearlo y mantenerlo”¹⁷.

El proyecto de Vasconcelos era clarísimo: no buscaba construir una gran biblioteca nacional sino *un sistema* bibliotecario nacional, con presencia en todas las regiones del país y con bibliotecas útiles para todos, con materiales bibliográficos infantiles, escolares, técnicos, profesionales, académicos y literarios. El reto era mayúsculo, pues al iniciar su labor “no había, ni en la capital, una sola biblioteca moderna bien servida”. En efecto, Vasconcelos sabía que la Biblioteca Nacional era rica en libros provenientes “de conventos y de coleccionistas coloniales”, pero “pobrísima” en cuanto a libros modernos¹⁸. En algunas capitales estatales había una biblioteca pública con características semejantes, pero en la mayoría de ellas, y en todas las cabeceras municipales, la situación era peor. Previsiblemente, un país sin bibliotecas carecía de bibliotecarios, por lo que Vasconcelos percibió el riesgo de acometer la construcción del sistema que anhelaba con personal acaso esforzado pero incapacitado en términos técnicos. Para colmo, también se carecía de una producción bibliográfica suficiente y adecuada para nutrir las futuras bibliotecas, por lo que en principio los libros tendrían que adquirirse en el extranjero, a pesar de que las condiciones económicas del país eran muy adversas por los diez años de violencia apenas concluidos.

VASCONCELOS ERA DE OAXACA, NO DE ALEJANDRÍA

Tan pronto Vasconcelos llegó a la rectoría, a mediados de 1920, creó la Dirección de Bibliotecas Populares y Ambulantes, la que puso a cargo de Julio Torri¹⁹, compañero suyo del Ateneo y hombre de refinada cultura

¹⁷ Para este tema consúltese el útil estudio de Quintana 1988.

¹⁸ Vasconcelos 1984a, pp. 45-46.

¹⁹ Carta de Alfonso Reyes a Julio Torri, 5 de julio de 1920, en Torri 1995, pp. 135-136.

literaria, aunque carente de facultades organizativas, por lo que luego de un año, y ya como Departamento de Bibliotecas de la nueva Secretaría, fue sustituido por el poeta tabasqueño Carlos Pellicer²⁰. Sin embargo, desde marzo de 1922 hasta el término de la presidencia de Obregón, a finales de 1924, el que se encargó de la Dirección de Bibliotecas fue Jaime Torres Bodet²¹, quien por entonces apenas contaba con veinte años de edad.

Torres Bodet no solamente fue uno de sus más cercanos colaboradores sino que su plan bibliotecario fue el que terminó por imponerse. La característica básica del sistema bibliotecario de Vasconcelos y Torres Bodet consistió en la jerarquización de diferentes tipos de bibliotecas. Las habría ambulantes, obreras, rurales, populares, técnicas, escolares, profesionales y públicas, aunque debe reconocerse que dicha terminología no fue rigurosa ni precisa, por lo que en ocasiones se incurrió en confusiones e imprecisiones. Además de la particular naturaleza de cada fondo bibliográfico, las diferenciaba el número de libros, su ubicación geográfica y el tipo de edificio o instalación que las albergara²². Multiplicar los servicios bibliotecarios no dependía únicamente de la construcción de nuevas bibliotecas. También se acudió a procedimientos más sencillos y directos, como ampliar los horarios o dar servicio al público lector los fines de semana²³.

Las nuevas bibliotecas ‘ambulantes’ y ‘populares’ se pensaron como complementos indispensables para mejorar la educación de los habitantes de bajos ingresos de las poblaciones del país, que era uno de los principales compromisos de la Revolución. Se trataba de bibliotecas “pequeñas” pero con “acervos modernos”, lo que las alejaba del antiguo molde de las

²⁰ Véanse Quintana 1988, p. 127; Gordon 1997, p. 32, y Zaitzeff 2002, p. 90.

²¹ Torres Bodet 1981, p. 96. Vicente Lombardo Toledano también colaboró en la política bibliotecaria de Vasconcelos.

²² Por ejemplo, Enrique Krauze habla de cinco tipos de bibliotecas. *Cfr.* Krauze 2010, p. 41. Lo mismo sostiene Claude Fell, y dice que éstas serían públicas, obreras, escolares, diversas y circulantes; es más, afirma que los cinco tipos de bibliotecas se diferenciarían por el número de libros que contendrían (12 volúmenes, 25, 50, 100 y más de cien), aunque no queda clara la correlación entre la tipología y el número de libros. *Cfr.* Fell 1989, pp. 516-517. Para analizar los libros que tendría cada una de estas bibliotecas, véase Quintana 1988, pp. 167-168. Por su parte, una reconocida estudiosa del tema sostiene que el objetivo de Vasconcelos era crear bibliotecas “de todo tipo” y en “distintos sitios”. *Cfr.* Loyo 1988, p. 265.

²³ Quintana 1988, p. 126, y Fell 1989, p. 513.

bibliotecas públicas, con enormes edificios como simples repositorios de libros. Las primeras serían pequeñas bibliotecas en movimiento a todo lo largo y ancho del país, con un doble destino, barrios urbanos o comunidades rurales; de hecho, algunos describen a las bibliotecas ‘ambulantes’ como acompañantes de las ‘misiones’ educativas impulsadas por el propio Vasconcelos²⁴. A su vez, las ‘populares’ fueron modestas bibliotecas instaladas en pequeños espacios facilitados por ayuntamientos, sindicatos y sociedades mutualistas, así como en las instalaciones de muchas asociaciones civiles de diverso género. Obviamente, en la cúspide de la pirámide bibliotecaria estaría lo que Vasconcelos definió como la biblioteca de la nación, la Biblioteca Nacional²⁵, la que debía ser el edificio público máximo y la que estaba obligada “a guardar y dar a leer todo lo que se edita, sin derecho de censura”. Su visión era comprehensiva: dicho edificio debía albergar una gran galería de pintura y escultura y una sala de conciertos²⁶. Así, durante su gestión, también se fundaron dos bibliotecas de apreciables dimensiones, la ‘Cervantes’ y la ‘Iberoamericana’²⁷.

Como sucedió con casi todos sus ambiciosos proyectos, los logros concretos difirieron de las ambiciones originales. En el caso de su sistema bibliotecario no cabe reclamo alguno, pues las condiciones económicas del país no permitieron que los avances fueran mayores. Aun así, las cifras de lo alcanzado no resultan despreciables. A pesar de que hay notables divergencias estadísticas, una cifra consigna que entre los años de 1921 y 1924 se establecieron 2426 bibliotecas, clasificadas la mitad como ‘públicas’ y las otras como ‘obreras’, ‘escolares’ y ‘ambulantes’, a las que deben sumarse las 165 bibliotecas fundadas entre 1920 y 1921, durante el periodo de rector de Vasconcelos²⁸.

²⁴ Torres Bodet las describió como “una verdadera red de Bibliotecas Ambulantes, pequeños lotes de obras indispensables en cajas, cuyo peso es lo suficientemente ligero para que puedan ser llevadas a lomo de burro”. *Cfr.* Torres Bodet 1922, pp. 160-161, y Quintana 1988, p. 163.

²⁵ El director de la Biblioteca Nacional durante esos años fue el tabasqueño Manuel Mestre Ghigliazza, quien incursionó en la esfera política desde el periodismo de oposición y, más tarde, entre 1911 y 1913, en la gubernatura de su estado natal.

²⁶ Quintana 1988, p. 165.

²⁷ *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, 1923-1924, p. 320.

²⁸ Quintana 1988, pp. 135 y 169. Véase también Fell 1989, pp. 517 y 520. Este autor

SELECCIÓN Y ADQUISICIÓN DE LOS LIBROS

Hombres de letras todos los involucrados en aquel proyecto bibliotecario, desde Vasconcelos hasta Torres Bodet pasando por Julio Torri y Carlos Pellicer, da la impresión de que se interesaron más en la selección de los libros que debían ofrecerse a los lectores que en la obtención de recursos económicos para llevar adelante su proyecto o en los ineludibles temas de las instalaciones físicas y de los procesos clasificatorios. Resulta comprensible: eran intelectuales, no políticos, y eran escritores, no bibliotecarios profesionales.

La creación de los diferentes tipos de bibliotecas y la selección de los libros supuestamente pertinentes fueron partes de un proceso indisoluble. Todavía hoy asombra la decisiva participación del propio Vasconcelos en el proceso de selección de los libros. El suyo fue un caso único en la historia de la lectura nacional, pues no se limitó a fomentar la lectura sino que insistió en determinar personalmente el contenido y la naturaleza de la lectura a promoverse. Más que un promotor de la lectura, se consideraba un 'guía espiritual'. Esto explica que Vasconcelos fuera un lector que acostumbraba hacer evaluaciones contundentes —algunos dirían prejuiciadas y maniqueas— de sus lecturas²⁹, y que como secretario convirtiera sus preferencias en decisiones gubernamentales. Bien se ha dicho que en las decisiones de la SEP sobre qué publicar privaban “los gustos místicos del ministro”³⁰.

Así como tenía abiertas preferencias incurría en rotundos rechazos, los que no se redujeron a escritores menores. Algunos juicios suyos parecen auténticas muestras de desatino. Por ejemplo, los escritores latinos le parecían mediocres, simples imitadores de los griegos; de Goethe repudiaba “su

advierte las diferentes cifras existentes en los informes presidenciales, los “boletines” del ministerio, los recuerdos —casi siempre contradictorios— del propio Vasconcelos y los datos de Torres Bodet. Basado en éste, concluye que fueron 1916 las bibliotecas creadas por Vasconcelos.

²⁹ Recuérdese su conocida división entre “Libros que leo sentado y libros que leo de pie”, en Vasconcelos 1919. Él distinguía así los libros según “las emociones que me causan”. *Ibid.*, p. 9.

³⁰ Krauze 2010, p. 40.

servilismo con los poderosos”³¹; de los ‘enciclopedistas’, en particular de Voltaire y Diderot, aunque también —equivocadamente— de Rousseau, aseguraba que “no se sacaba un verdadero filósofo”, pues eran pensadores “de ocurrencias”³²; similar juicio le merecían los positivistas Comte y Spencer: “catalogadores de hechos [...] ninguno merecía el nombre de filósofo”. Sus rechazos no se limitaban a determinados autores; también repudiaba géneros literarios en conjunto: la novela, por ejemplo, le parecía difusa³³, lo que explica que Stendhal y Flaubert le resultaran “poco menos que intolerables”. En cambio, sus preferencias eran igualmente parciales y explícitas: por ejemplo, la filosofía le parecía “un género que sólo con la maduración del alma precisa sus contornos”, y a la poesía la tenía por “irremplazable bálsamo” que “disipa y ennoblece la pena”, que “purifica”³⁴.

Con estas concepciones cabal y definitivamente interiorizadas se dispuso Vasconcelos a elegir los libros que debían adquirir la Universidad Nacional, primero, y después la SEP, para su programa bibliotecario. Tan pronto fue designado rector, a mediados de 1920, se empezaron a comprar “grandes cantidades de libros” en las pocas editoriales y librerías que había en el país: Porrúa, la de la viuda de Bouret, la Editorial Cultura; cuando mucho un par más, entre ellas la editorial y librería Botas³⁵, aunque muchas adquisiciones tuvieron que hacerse en España, por la escasez de libros en México³⁶. Es incuestionable que en tales compras se traslucían las preferencias literarias del propio Vasconcelos, pues sus autores favoritos, como Romain Rolland y León Tolstoi, “predominaban en las listas” de libros adquiri-

³¹ En carta a Alfonso Reyes, del 7 de marzo de 1916, Vasconcelos reconoció conservar su “antigoetismo”, porque “es una tontería soñar con la felicidad” o “aplaudir la vida”. Cfr. Fell 1995, p. 26. A pesar de su rechazo a Goethe como hombre, admiraba al menos su *Fausto* y su *Werther*, y el primero de éstos fue uno de los libros masivamente publicados durante su gestión.

³² Vasconcelos 1983a, p. 380.

³³ Para Vasconcelos era “repulsivo inventar escenarios y descubrir minucias en el estilo de los muebles de una habitación”, al grado de considerarlo “una degradación del espíritu”. Cfr. Vasconcelos 1983a, p. 303.

³⁴ *Ibid.*, pp. 188, 213 y 303, y Vasconcelos 1983b, pp. 755 y 791.

³⁵ Véanse Quintana 1988, pp. 129-133, y Zahar 1995.

³⁶ Sobre las deficiencias de la industria editorial en México, véase Fell 1989, pp. 480-484.

dos, ya que los consideraba autores de obras “redentoras”³⁷. También se compararon obras de escritores en lengua castellana. Al respecto recuérdese la veneración que Vasconcelos profesaba a los místicos y a los escritores considerados ‘clásicos’, como Cervantes y “el dulce” Lope de Vega. Entre los modernos apreciaba a José Enrique Rodó, Antonio Machado, Benito Pérez Galdós y Marcelino Menéndez y Pelayo, “la figura grande” en cuyas páginas reconoció su filiación ideológica y religiosa³⁸. Por último, entre los autores mexicanos cuyas obras fueron adquiridas para las bibliotecas en proceso de creación destacaban Sor Juana Inés de la Cruz, Ignacio M. Altamirano, Manuel Gutiérrez Nájera, Manuel José Othón y Justo Sierra³⁹, así como Alfonso Reyes entre los contemporáneos⁴⁰.

Obviamente, la totalidad de los autores adquiridos no se agota con los

³⁷ Carta de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 17 de septiembre de 1920, en Fell 1995, p. 52. También se adquirieron numerosos ejemplares de libros de Robert Louis Stevenson, Bernard Shaw y Oscar Wilde, entre otros. Su aprecio por la obra de Rolland lo hizo público en una carta que dirigió al propio escritor y pacifista, de fecha 4 de febrero de 1924: “también hemos procurado llenar nuestras bibliotecas con sus libros, sintiendo que de esa manera purificamos el ambiente y levantamos el nivel de la Nación”. Es más, en dicha carta le confesó que “en el largo periodo de tiempo que anduve perseguido y desterrado, calumniado y pobre, fue en su *Jean Cristophe* donde muchas veces encontré aliento”. Cfr. *Boletín de la Secretaría de Educación Pública 1923-1924*, pp. 723 y 724. Respecto a Tolstoi, Vasconcelos lo consideraba el fundamento de toda educación moral, y admiraba que a pesar de su condición de aristócrata hubiera decidido ponerse al servicio de su pueblo. Es más, Vasconcelos dijo a su amigo Reyes que lo que el país necesitaba era que los intelectuales asumieran esa conducta “tolstoyana”. Cfr. Carta de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 16 de septiembre de 1920, en Fell 1995, p. 51. También consúltese Fell 1989, pp. 34-35.

³⁸ Vasconcelos señala que “un siglo de afrancesamiento y veinte años de yanquización” les había “impuesto” a los mexicanos de su generación el gusto por lo extraño, pero que después de la guerra cubano-española de 1898 reiniciaron la lectura de escritores en lengua española, lo que les producía “estremecimiento de patriotismo”. Cfr. Vasconcelos 1983a, p. 307.

³⁹ En realidad, de Sierra el Departamento Editorial imprimió 50 000 ejemplares de su historia de México, y 20 000 de su historia universal.

⁴⁰ Carta de Jaime Torres Bodet, Jefe del Departamento de Bibliotecas, a Alfonso Reyes, 8 de noviembre de 1923, en la que le acusa recibo de su envío de “400 volúmenes de sus obras”. Véase Curiel 1994, p. 31. Como prueba de que desde 1921 se adquirirían libros de Alfonso Reyes para enviarlos a las bibliotecas de los estados, véase carta de Manuel Toussaint, secretario particular de Vasconcelos, a Alfonso Reyes, 9 de febrero de 1921, en Zaitzeff 1990, p. 27.

nombres antes mencionados. Tampoco sería correcto afirmar que Vasconcelos fue el único que participó en la elaboración de las listas de los autores y libros adecuados. También participaron en la selección varios de sus colaboradores, desde Gabriela Mistral hasta Jaime Torres Bodet, pasando por Julio Torri, lo mismo que otros ex compañeros suyos del Ateneo, como Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, ambos radicados en España⁴¹. Para calcular el número de autores cuyas obras fueron adquiridas en grandes cantidades, recuérdese que Torres Bodet había jerarquizado las bibliotecas a crearse según el número de ejemplares: las habría de 12 libros, de 25, 50, 100 y de 150. Algunos libros deberían estar en todas las bibliotecas, y otros solamente en cierto número de ellas⁴². Recuérdese que desde un principio se les criticó por incluir a pocos autores mexicanos en las bibliotecas por crearse⁴³.

LOS PROYECTOS EDITORIALES

La difícil situación económica que padecía el país después de diez años de lucha armada no permitía que todos los libros que debían de ofrecerse en venta a los lectores o depositarse en las bibliotecas fueran adquiridos mediante su compra. Como alternativa, Vasconcelos recomendó que se imprimiera en talleres propios el mayor número posible de ejemplares. Además, para abaratar el proceso editorial no habrían de pagarse derechos autorales ni de traducción. La selección de los autores que debían ser publicados y la ubicación de la traducción idónea fue responsabilidad de un grupo de talentosísimos jóvenes cercanos a Vasconcelos, pero en especial de Julio Torri⁴⁴. Para que correspondiera con el nuevo sistema biblio-

⁴¹ Cartas de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 7 de junio y 17 de septiembre de 1920. En una de ellas le dice haber nombrado a Henríquez Ureña "agente de compras en España", lo que evitaría ser víctima "del judaísmo de las casas locales". *Cfr.* Fell 1995, pp. 39-40 y 52-53.

⁴² La composición temática y autoral de cada uno de estos acervos puede apreciarse en Fell 1989, pp. 516-517.

⁴³ *Ibid.*, pp. 486 y 517.

⁴⁴ Carta de Julio Torri a Alfonso Reyes, 22 de abril de 1921, en la que afirma "desgraciadamente yo estoy abrumado de trabajo: me dieron el empleo que tú no aceptaste, de Director del Departamento Editorial". *Cfr.* Torri 1995, pp. 150-151.

tecario, se diseñó un complejo y comprehensivo programa editorial, que abarcaba libros infantiles, para mujeres, escolares y técnicos, culminando con una colección de 'clásicos' universales y con la revista *El Maestro*, de cultura general y llena de "conocimientos útiles". Para dar publicidad a toda esta labor editorial se publicó un boletín bibliográfico titulado, ilustrativamente, *El Libro y el Pueblo*⁴⁵.

Dado que no tenía la capacidad editorial para un proyecto de esa envergadura, la SEP tuvo que conformar los Talleres Gráficos de la Nación, por lo que primero tuvieron que comprarse —en Estados Unidos— una imprenta y maquinaria de cosido de papel y de encuadernación. El reto lo justificaba: tenían que imprimirse más de un millón de libros, para luego ser distribuidos en las librerías, bibliotecas y centros de lectura⁴⁶. El proyecto de Vasconcelos mostraba así su sencilla plenitud: dado que en el país había escasez de bibliotecas, había que construirlas; dado que había escasez de libros —y de compañías editoriales—, el gobierno tenía que adquirirlos o imprimirlos.

Los proyectos bibliográficos de Vasconcelos y de su grupo de colaboradores siguen siendo reconocidos a poco más de noventa años de haber sido realizados. Son admirables por la precisa concepción que tenían de la lectura: diversa por razones sociales y de género, y evolutiva por razones cronológicas; esto es, había que satisfacer las necesidades de lectura de los obreros, de los indígenas y de las clases medias, de hombres y mujeres, de los niños, jóvenes y adultos; diversa también por sus objetivos, para lo que tenía que diferenciarse entre las lecturas escolares y profesionales y las lecturas meramente recreativas y formativas. Son sobre todo admirables sus proyectos editoriales por la visión ecuménica que tenían de las literaturas y las civilizaciones, pues fueron tomadas en cuenta las mayores obras de la cultura occidental y las principales obras de las tradiciones asiáticas. Son admirables también por la edad de quienes los llevaron a cabo: jóvenes de una precoz cultura literaria y de una no menos sorprendente madurez intelectual. Por último, dichos proyectos editoriales fueron realizados en condiciones económicas y políticas muy adversas: las de un país que ape-

⁴⁵ Fell 1989, pp. 499 y 510.

⁴⁶ Cfr. Vasconcelos 1984a, p. 47; Quintana 1988, pp. 133-134, y Fell 1989, p. 485.

nas concluía un largo decenio de violencia y destrucción generalizadas, y cuya nueva clase gobernante tenía bajos niveles educativos. Sin embargo, su idoneidad consistía en que al final del decenio armado habían aparecido, junto con la penuria generalizada, dos exigencias inaplazables: mejorar la educación nacional y redefinir la identidad cultural del país.

La simple enumeración de cada uno de aquellos proyectos bibliográficos sigue siendo aleccionadora: Las *Lecturas clásicas para niños* consistían en una amplia selección de fragmentos de obras cuya amplitud geográfica incluye el oriente y el occidente y cuyo arco temporal abarca desde los Vedas y algunos textos bíblicos y griegos hasta escritos sobre las independencias hispanoamericanas. Éstas fueron seleccionadas por los entonces jóvenes Salvador Novo, José Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Bernardo Ortiz de Montellano, Francisco Monterde y Palma Guillén, además del propio Jaime Torres Bodet, y fueron ilustradas por Roberto Montenegro y Gabriel Fernández Ledezma⁴⁷. A su vez, las *Lecturas para mujeres* fueron seleccionadas y anotadas por la chilena Gabriela Mistral, quien fuera invitada por Vasconcelos a colaborar en su gestión educativa. El libro estaba organizado en cinco secciones: ‘Hogar’, ‘México y la América Española’, ‘Trabajo’, ‘Motivos Espirituales’ y ‘Naturaleza’, e incluía pasajes breves⁴⁸. Entre los libros que servirían de texto escolar destacaron la *Historia nacional* y la *Historia general*, de Justo Sierra, con tirajes que rebasaron los veinte mil ejemplares⁴⁹.

Según un notable estudioso del tema, la publicación más importante del ministerio vasconcelista fue la revista *El Maestro*, que apareció entre 1921 y 1923, con un tiraje que alcanzó los sesenta mil ejemplares, distribuidos gratuitamente. Dirigida por Agustín Loera y Chávez y Enrique Monteverde, tenía dos propósitos: didáctico y cultural. Esto es, por un lado era un complemento de los conocimientos adquiridos en la escuela o en los centros de alfabetización, con informaciones prácticas sobre asuntos de interés social, como la higiene; por el otro, incluía siempre una variada

⁴⁷ Torres Bodet 1981, pp. 104-109.

⁴⁸ Respecto a la labor de Gabriela Mistral en nuestro país, véanse Lagos 1945; Schneider 1991, y Fell 1989, p. 489.

⁴⁹ Tal parece que los nombres de las otras colecciones, además de la de los “clásicos verdes”, eran “Tratados y Manuales”, “Textos para las Escuelas Primarias” y “Folleto de Divulgación Literaria”.

sección literaria, con poemas y cuentos de autores nacionales y extranjeros. En resumen, siempre tendría contenidos “nobles y útiles”⁵⁰. Como colofón de la política editorial vasconcelista se publicó mensualmente *El Libro y el Pueblo*, dirigida personalmente por Jaime Torres Bodet, la que buscaba orientar a los lectores en la elección de los libros que debían leer⁵¹.

LOS ‘VERDES’

Difícilmente podrá encontrarse en toda nuestra historia cultural un proyecto editorial más polémico —y a la vez trascendente— que el de los ‘clásicos’ universales de Vasconcelos. Cuestionada en sus objetivos, al ofrecer autores no fácilmente legibles a una población hambrienta y analfabeta, la colección ‘verde’ fue elogiada por su perspectiva ecuménica y criticada por su notoria desigualdad, así como también fue alabada por su audacia editorial y rechazada por su falta de apego a la normatividad comercial y a los derechos autorales y laborales de los traductores. En efecto, la mítica colección de ‘clásicos’ fue sin duda un proyecto editorial de luces y sombras, contradictorio y desigual, pletórico de opacidades y ambigüedades. ¿Cuántos y cuáles serían los escritores ‘clásicos’ incluidos en la serie? ¿Qué obras los representarían? ¿Quiénes hicieron la selección? ¿Cuál sería el nivel de cuidado filológico de las obras editadas? ¿Cuáles serían sus tirajes? ¿Dónde fueron distribuidos? ¿Cuántos se vendieron y cuántos fueron destinados a las bibliotecas públicas? Sobre todo, ¿cuál era su objetivo? ¿Por qué publicar tirajes tan abultados de ‘clásicos’ en un país con 80% de analfabetos?

Las respuestas a estas preguntas no pueden ser satisfactorias, pues la información de que se dispone es parcial y fragmentaria; peor aún, contradictoria. Para comenzar, se publicaron 17 volúmenes de los cien pro-

⁵⁰ *El Maestro* era una revista “constructiva”, contraria a la crítica negativa y al preciosismo literario, y estaba dividida en varias secciones: Artículos editoriales, Pláticas instructivas, Sugerencias sociales, Conocimientos prácticos, Sección de los niños, Literatura y una sección dedicada a la pedagogía y a la educación nacional.

⁵¹ *Cfr.* Fell 1989, pp. 499-503 y 510-511. Participó en su dirección el hondureño Rafael Heliodoro Valle. En otras ‘fuentes’ se asegura que su circulación no rebasó los cinco mil lectores.

yectados. Las primeras preguntas son obvias: ¿qué autores conformaban la lista completa?⁵² ¿Cuál era su obra escogida para publicarse? ¿Por qué no aparecieron los 83 volúmenes faltantes? ¿Cuáles hubieran sido éstos?⁵³ Asimismo, Vasconcelos primero alardeó de que repartiría “cien mil Homeros”, aunque en otra ocasión afirmó que los tirajes fueron de 50 000, para luego volver a contradecirse aceptando que fueron de 25 000 para “la mayoría” de los títulos, aunque en rigor se sabe que los ‘clásicos verdes’ fueron impresos con tirajes diferenciados: por ejemplo, casi 40 000 para la *Ilíada*, 15 000 para Esquilo y poco más de 6 000 para Goethe⁵⁴. Las contradicciones también caracterizaron a sus precios: si bien es cierto que parte del tiraje se destinó a las numerosas —y variadas— bibliotecas creadas entonces, resulta obvio que la mayor parte de los ejemplares fueron vendidos. El problema es que al menos se conocen dos afirmaciones asignándoles precios distintos: un peso o cincuenta centavos⁵⁵.

Si el contenido de la colección ‘verde’ es revelador de las preferencias de Vasconcelos, más lo son sus ausencias. En términos cronológico-culturales comenzó con varios griegos —Homero, Esquilo, Eurípides, Platón y Plutarco—, por ser los “eternos maestros”. Obviamente llama la atención la ausencia de Aristóteles y la de los historiadores Heródoto o Tucídides. Es probable que el primero fuera uno de los pensadores que estaban en la lista de elegidos pero que no pudieron ser publicados⁵⁶; respecto a los segundos, acaso los marginó de la selección la severa idea que Vasconcelos tenía de

⁵² En rigor la lista sería de noventa, pues Vasconcelos siempre prometió que diez autores y títulos serían definidos por una especie de encuesta que organizaría el periódico *Excelsior*.

⁵³ Solamente se sabe que “quedaron en prensa un *Romancero*, una *Antología iberoamericana* y un tomo de Lope de Vega”, y que los siguientes serían libros de Calderón de la Barca, Shakespeare, Ibsen, Bernard Shaw y la *Geografía Universal* de Eliseo Reclús. Cfr. Vasconcelos 1981b, pp. 176-178.

⁵⁴ Cfr. Vasconcelos 1984a, p. 47. Hay quien asegura que de Plotino sólo se publicaron 800 ejemplares. Cfr. Garrido 1984, pp. 179-199.

⁵⁵ Recuérdese la afirmación de Vasconcelos de que “se vendían al precio de 50 centavos, aparte de los que se regalaban a bibliotecas y escuelas”. Cfr. Vasconcelos 1981b, p. 177.

⁵⁶ En su libro *Historia del pensamiento filosófico* de 1937, Vasconcelos muestra sus preferencias por Platón sobre Aristóteles: si el primero era “la montaña desde donde se contemplan todos los rumbos de la tierra y el cielo”, el segundo era “el llano poblado de realidades”, pp. 160-161.

su oficio: para éste la historia era “odiosa”, “ciega y sorda para las cosas del espíritu y un amontonamiento de sucesos que no nos importan”⁵⁷.

La exclusión de toda la literatura latina se aviene al desprecio que siempre le profesó Vasconcelos. Éste era un hombre de fobias y filias: una de éstas, imbuida desde su infancia, fue la literatura cristiana. Seguramente esto explica la incorporación de *Los Evangelios* a pesar de que el presidente Obregón pertenecía a una de las facciones revolucionarias más abiertamente jacobinas, pues según Vasconcelos éstos enseñaban “la Suprema Ley” de la conducta humana. Las ausencias luego se prolongan por más de diez siglos, pues sólo se publicó un autor ubicable entre el final de la Edad Media y el surgimiento de las literaturas nacionales europeas: Dante, portador de un auténtico “mensaje celeste”. Asimismo, ningún autor del periodo ‘clásico’ europeo apareció en la colección. La posición de Vasconcelos al respecto no fue clara: Cervantes, autor de un “libro sublime”, Lope de Vega y Calderón de la Barca fueron anunciados como futuros integrantes de la colección, aunque nunca aparecieron sus obras⁵⁸. En cambio, los franceses Corneille, Moliere o Racine nunca fueron considerados en la selección, pues los consideraba meros imitadores de Esquilo, Eurípides y Sófocles, por lo que, según él, terminaban produciendo “disgusto” en los lectores⁵⁹. El caso más singular fue sin duda el de Shakespeare, contemplado para ser publicado, aunque según Vasconcelos, sólo “por condescendencia con la opinión corriente”⁶⁰.

⁵⁷ Cfr. Vasconcelos 1984a, p. 405.

⁵⁸ En rigor, se pensó que era preferible adquirir en España muchos ejemplares de *El Quijote*, que imprimirlos en México. Este caso también refleja las contradicciones informativas sobre la política editorial de Vasconcelos: si bien él aseguró que adquirió en España “cien mil” ejemplares en edición económica, parece que sólo se compró la mitad de esa cifra. Además, se tomó esa decisión luego de que la Universidad Nacional, siendo él rector, “tuvo que renunciar, por falta de dinero, a publicar la edición ‘popular’ del *Quijote* que había creído poder realizar y difundir por sí sola”. Cfr. Vasconcelos 1984a, p. 47, y Fell 1989, p. 495.

⁵⁹ Vasconcelos 1984a, p. 428.

⁶⁰ Véase la “Nota Preliminar” a la colección. La actitud de Vasconcelos respecto a Shakespeare acaso era secuela de su yancofobia, pero radicalizada: no hubo ningún escritor de lengua inglesa entre los “verdes”. El caso de Shakespeare sirve también para conocer las diferencias estéticas dentro del equipo seleccionador, y el autoritarismo con el que procedía Vasconcelos, pues Julio Torri sí era partidario de publicarlo. Véase su

En cuanto a la literatura moderna, fueron publicados Goethe, Tolstoi, Romain Rolland y “el excelso” Tagore. Se sabe que también estaban contemplados Benito Pérez Galdós, “el último de los grandes”, y los dramaturgos Henrik Ibsen y Bernard Shaw, el geógrafo Eliseo Reclús, la *Historia Universal* de Justo Sierra⁶¹ y algunos poetas y prosistas hispanoamericanos y mexicanos, pues Vasconcelos estaba convencido de que toda colección de ‘clásicos’ debía ser hecha desde una perspectiva concreta, por lo que tenía que contener lo mejor de la cultura universal junto con un ingrediente de cultura nacional: no es lo mismo una colección de ‘clásicos’ universales hecha por y para mexicanos, que una colección hecha para cualquier otra nacionalidad⁶².

Además de las notables ausencias, la colección ‘verde’ tuvo dos cuestionables presencias: el simplemente apreciable Agustín Rivera y San Román, un sacerdote liberal pueblerino, de Lagos de Moreno, Jalisco, con su obra *Principios críticos sobre el virreinato de la Nueva España y sobre la Revolución de Independencia*. ¿Cómo explicar que Rivera estuviera junto a Homero, Dante o Goethe?⁶³ Seguramente no era el escritor mexicano que, de haberlo, merecía estar en esa compañía. La explicación es sencilla pero inaceptable: el suyo es el único volumen que contiene una nota editorial, la que escuetamente advierte que el libro se publicaba “por su reconocido mérito académico y por acuerdo expreso del C. Presidente de la República, Álvaro Obregón”⁶⁴. Toda proporción guardada, otra

carta a Alfonso Reyes, 22 de junio de 1922, en la que llama “limitado” a Vasconcelos, en Torri 1995, p. 157.

⁶¹ Esta obra apareció en la serie de Tratados y Manuales, mientras que su *Historia Patria* fue publicada entre los Textos para las Escuelas Primarias.

⁶² Veinte años después de haber sido secretario de Educación Pública Vasconcelos propuso una lista de “los cien libros [más a propósito] para darnos la esencia del saber de todos los tiempos”. En ella deberían estar “los libros que nadie discute” y “los antepasados del idioma, de suerte que una lista para nosotros [es] necesariamente diferente de una lista norteamericana o una lista para franceses”. *Cfr.* Vasconcelos 1944a, p. 9.

⁶³ Parece ser que en un principio el plan era publicar a Rivera en la colección Tratados y Manuales.

⁶⁴ El párroco y profesor Agustín Rivera y San Román (1824-1916) recibió su formación sacerdotal en los seminarios de Morelia y de Guadalajara. Realizó estudios de derecho en la Universidad de la ciudad tapatía. Parte de su vida la dedicó a investigar y escribir sobre derecho civil, historia, literatura y filosofía, al grado de poder ser consi-

presencia cuestionada fue la de Plotino, el neoplatonista alejandrino del siglo III, con sus *Enéadas*. Las críticas fueron numerosas e inmediatas, pero Vasconcelos dijo estar convencido de que éstas eran producto “de una falta absoluta de comprensión”⁶⁵. Obviamente la decisión de incluir a Plotino fue de Vasconcelos, pues le asignaba “una importancia capital” y sentía por él una simpatía especial: Plotino era, desde sus épocas juveniles, su “predilección más permanente”⁶⁶.

La inclusión de Plotino implicaba una gran dificultad: su traducción. A pesar de que uno de los objetivos de la colección era traducir los ‘clásicos’ antiguos y modernos de sus lenguas originales al castellano, pues según Vasconcelos hasta entonces sólo podían ser leídos en inglés o francés, lo cierto es que prácticamente todas las obras elegidas estaban ya publicadas en nuestra lengua⁶⁷. De hecho, de los 17 tomos publicados sólo dos exigieron ser traducidos: el de Rabindranath Tagore, cuya traducción fue hecha “en el Departamento Editorial”, y el de Plotino, traducido no del griego sino a partir de ediciones en francés e inglés por Daniel Cosío Villegas, Samuel Ramos y Eduardo Villaseñor, a quienes debe agregarse el propio Vasconcelos, quien alegó ser el traductor de algunos párrafos⁶⁸. La traducción colectiva no fue una experiencia agradable, al grado de que uno de los colaboradores, Cosío Villegas, se quejó de Vasconcelos con Alfonso Reyes,

derado un polígrafo. Es de notarse que fue el único intelectual mexicano que recibió el grado de doctor *honoris causa* al fundarse la Universidad Nacional en 1910. Cfr. Azuela 1942. Acaso su mayor reconocimiento es que Azuela haya escrito una biografía suya.

⁶⁵ Por mucho, las críticas a la colección ‘verde’ se concentraron en Plotino. En un artículo periodístico se dijo que Plotino era un filósofo “de segundo orden”; en otro se dijo que “no había dejado huella ninguna en el desarrollo filosófico de la humanidad”. Cfr. Fell 1989, p. 491.

⁶⁶ Véanse Vasconcelos 1983a, p. 268; Torres Bodet 1981, p. 107, y Cosío Villegas 1976, pp. 75-76.

⁶⁷ Por esos años ya circulaban profusamente dos colecciones de ‘clásicos’ antiguos y modernos traducidos al castellano: la de la Librería Hernando y la Universal Calpe. Según Vasconcelos, distribuir a los ‘clásicos’ en español era un acto patriota que abonaría en el esfuerzo que debía hacerse por la renovación de la raza, entendiéndose por ello a toda la América hispánica. Cfr. “Nota preliminar” en Homero 1921, pp. 5-6.

⁶⁸ Cosío Villegas 1976, p. 80. Vasconcelos asegura que durante su estancia en Washington, hacia 1910, en la Biblioteca del Congreso emprendió unas traducciones de los textos “inteligibles de Plotino”. Cfr. Vasconcelos 1983a, p. 366, y 1983b, p. 733.

pues les había prometido que se publicaría la obra completa, en tres volúmenes, y sólo apareció una “mala” antología⁶⁹.

Así, la instancia fundamental pasó a ser la selección de las traducciones más adecuadas, responsabilidad que recayó en Julio Torri, aunque luego colaboró en ello Pedro Henríquez Ureña desde su regreso al país⁷⁰. Llamó la atención de muchos lectores que no siempre se diera crédito a los traductores⁷¹. La explicación la dio el propio Torri: “no expresamos más visiblemente los nombres de los traductores, porque temimos [...] pleitos con las casas editoras, pues desgraciadamente con nuestras leyes romano-cartaginesas-yanquis, no está permitido el robo como el que perpetramos”⁷².

La idea de Vasconcelos y de sus colaboradores era hacer una colección de ‘clásicos’ accesible. Esto es, nunca pretendieron publicar ediciones eruditas, plagadas de notas ‘de pie de página’⁷³. Tampoco serían ediciones de obras anteceditas de largos y prolijos prólogos: algunas excepciones fueron los tres volúmenes de Platón, que incluían un largo estudio introductorio de Edward Zeller, profesor de la universidad de Berlín, de influencia hegeliana y reconocido experto en la historia de la filosofía griega, y el tomo de Dante, que a su vez venía prologado por el prestigiadísimo crítico e historiador de la literatura italiana, el napolitano

⁶⁹ Véase carta de Daniel Cosío Villegas a Alfonso Reyes, 28 de diciembre de 1923, en Enríquez Perea 1999, pp. 32-34.

⁷⁰ Cosío Villegas 1976, p. 76. Además de Torri y Henríquez Ureña, al equipo del Departamento Editorial se agregó José Clemente Orozco, quien era “el ilustrador principal”. Para Henríquez Ureña, véase Roggiano 1989.

⁷¹ De los 16 volúmenes, pues no debe tomarse en cuenta para esto el de Agustín Rivera, sólo en tres se consigna el nombre del traductor: además del ya mencionado caso de Tagore, se aceptó que Esquilo había sido traducido por don Fernando Segundo Brieva Salvatierra, y el *Fausto*, de Goethe, por J. Roviralta Borrell ambos españoles y cuyo trabajo había sido hecho para sendas compañías editoras de su país.

⁷² Véase carta de Julio Torri a Alfonso Reyes, 9 de junio de 1922, en Torri 1995, p. 157. Al menos se habría evitado una demanda, pues Vasconcelos asegura que el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, adscrito a su secretaría particular, había obtenido del propio Romain Rolland la autorización para publicar sus *Vidas ejemplares*, o sea las biografías de Miguel Ángel, Beethoven y Tolstoi, publicadas en España con el título de *Vidas de hombres ilustres*, traducidas por Juan Ramón Jiménez. Cfr. Vasconcelos 1984a, p. 256.

⁷³ Engracia Loyo dice que el objetivo era hacer libros no “herméticos”. Cfr. Loyo 1988, p. 262.

Francesco de Sanctis, liberal, patriota y quien, como Vasconcelos, fue secretario de Educación de su país⁷⁴.

Los 'clásicos verdes' fueron justamente criticados por muchos lectores. Para unos, dicha empresa era una de las tantas "locuras" de Vasconcelos, hecha, para colmo, "a todo vapor"⁷⁵. Otros, sin embargo, percibieron también su originalidad y su grandeza, y alegaron que antes de criticar a Vasconcelos por intentar popularizar lo que por definición no es popularizable, habría que apreciar su intento de poner "las más altas" obras literarias "al alcance" de los que quisieran conocerlas. Es más, hubo quien asegurara que la violencia revolucionaria y antes el positivismo porfirista habían apartado a México de la gran corriente del pensamiento mundial —como si Comte o Spencer no fueran parte sustantiva de él—, por lo que los 'clásicos verdes' reinsertaban a México en la tradición intelectual occidental, a la que pertenecía desde la conquista española⁷⁶. Para Vasconcelos no había duda: era importante que los mexicanos se nutrieran "con la esencia más alta del espíritu humano y no con desechos" o con "libros vulgares"; sólo así podrían crecer "libres del bastardaje mental": "no hay mejor cura para la mediocridad" que la lectura "de los grandes modelos de todos los tiempos". Por cierto, Vasconcelos varias veces insistió en que su oferta de lecturas "no era excluyente sino orientadora"⁷⁷.

Al margen de sus bondades señeras, es preciso reconocer que hubo una mala planeación de la colección, pues si su gestión como rector y secretario podía durar cuando mucho cuatro años, esto es 208 semanas, y si habían prometido cien libros, tenía que publicarse, en promedio, uno cada quincena. Además, Vasconcelos no logró que su sucesor en el puesto diera continuidad al proyecto⁷⁸. De hecho, al romper con el grupo gobernante condenó su proyecto a la desaparición e hizo a la colección vulnerable a la crítica de políticos, empresarios y periodistas. En efecto, varios diputa-

⁷⁴ Otros prólogos, traducidos del inglés o del francés, fueron el de Andreu Lang para la *Ilíada* de Homero, el de Maurice Croiset para la *Odisea*, otro suyo para el tomo de Eurípides, así como uno muy breve de Julio Torri para las *Tragedias*, de Esquilo.

⁷⁵ Cosío Villegas 1976, pp. 75-76.

⁷⁶ Véanse Torres Bodet 1981, pp. 96-99, y Cosío Villegas 1976, pp. 75-76.

⁷⁷ Vasconcelos 1981a, pp. 32-146.

⁷⁸ Dando pruebas de su ingenuidad política, Vasconcelos creyó que la colección iba a ser continuada y completada al término de su gestión. *Cfr.* Fell 1989, pp. 492-493.

dos hicieron agrias críticas al proyecto, por considerarlo una imposición de criterios culturales no populares y por las erogaciones presupuestales que implicaba. Del mismo modo, Vito Alessio Robles, hermano de un influyente político obregonista⁷⁹, pidió a Vasconcelos que suspendiera la edición de los ‘clásicos verdes’, inútiles en un país con 80% de analfabetos; más aún, le proponía que en cambio se hicieran tirajes de millones de abecedarios. Con otro tipo de reclamos, los editores y libreros privados también se lanzaron contra toda la política editorial de Vasconcelos, incluidos hasta los ‘clásicos verdes’, alegando que el gobierno incurría en competencias desleales al distribuir gratuitamente libros o al venderlos a un precio inferior a su costo. La respuesta de Vasconcelos fue inequívoca: el gobierno seguiría “imprimiendo libros para regalarlos al pueblo”⁸⁰.

Las críticas a los ‘clásicos verdes’ por lo general partían de una percepción equivocada: sobrestimaban el lugar de esa colección dentro del programa editorial de Vasconcelos; como si fuera el proyecto más importante, casi el único. Parece que se ignoraba que fueron muchos más los ‘manuales escolares’ y libros técnicos publicados entonces. Por ejemplo, se puede calcular que la cifra total de los 17 ‘clásicos’ publicados ascendió a poco menos de 150 000 ejemplares, mientras que sólo del *Libro nacional de escritura-lectura* se publicaron casi un millón de ejemplares, y que el tiraje de la *Historia patria* de Justo Sierra alcanzó los cien mil, y esto sin dar total crédito a las hiperbólicas cifras dadas por el propio Vasconcelos, quien aseguró que antes de los ‘clásicos verdes’ la SEP había editado “un millón de libros elementales de lectura, medio millón de folletos educativos y más de dos millones de cartillas para la enseñanza de las primeras letras”. Otro tipo de críticas reflejaba el nacionalismo imperante: ¿por qué publicar libros de difícil lectura o carentes de aplicación inmediata, haciendo a un lado a los mejores escritores mexicanos?⁸¹ Con todo, a pesar de las deficiencias rea-

⁷⁹ Miguel Alessio Robles se desempeñó en la Secretaría Particular de Adolfo de la Huerta y luego como secretario de Industria, Comercio y Trabajo en la administración de Álvaro Obregón, del 27 de febrero de 1922 al 22 de octubre de 1923.

⁸⁰ Cfr. Fell 1989, pp. 490 y 495.

⁸¹ Al respecto véanse Vasconcelos 1981b, p. 177; *Boletín de la Secretaría de Educación Pública* 1922, p. 177; *Boletín de la Secretaría de Educación Pública* 1923-1924, p. 358, y Fell 1989, pp. 486, 490-492. Es de señalarse que las colecciones de “clásicos” publicadas, por Lunacharski al triunfo de la revolución soviética sí incluía a los grandes escritores rusos.

les y las invectivas interesadas, los mexicanos profesamos un enorme cariño y respeto por los ‘clásicos verdes’, los que se cotizan en altos precios en las librerías de viejo. Al considerar varios intentos similares posteriores⁸², no se puede dejar de reconocer que Vasconcelos está en el origen de todos nuestros intentos por acercarnos a los libros ‘clásicos’.

DE EDITOR A BIBLIOTECARIO

Luego de renunciar a la SEP a mediados de 1924, José Vasconcelos se dedicó a la política. Primero contendió por la gubernatura de Oaxaca, ese mismo año, y luego, en 1929, compitió contra Pascual Ortiz Rubio por la presidencia del país. En ambos comicios fue derrotado⁸³. Comenzó entonces un largo exilio, el tercero en su agitada vida⁸⁴. En 1940, poco después de regresar al país, fue nombrado director de la Biblioteca Nacional, y seis años después fue nombrado director de la Biblioteca de México, puesto que ocupó hasta su muerte.

El paso de secretario de Educación a director de biblioteca fue mayúsculo. Ahora ya no le correspondía diseñar y poner en práctica la política educativa del país. Ahora sólo fue responsable, sucesivamente, de las dos principales bibliotecas públicas del país⁸⁵, lo que le permitió terminar su vida alrededor de los libros, como lector, escritor y difusor de la lectura.

⁸² Pienso en las muy resumidas versiones de muchísimos autores “clásicos” publicados en la Biblioteca Enciclopédica Popular —beneméritos a pesar de su pobreza tipográfica— publicada, significativamente, durante los años en que Torres Bodet estuvo al frente de la SEP. Pienso en la reciente colección Cien del Mundo publicada por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

⁸³ Véase Garcíadiego 2010.

⁸⁴ Primero se exilió, entre 1915 y 1920, por el triunfo de Carranza sobre la facción convencionista; su segundo exilio fue de principios de 1925 a finales de 1928, luego de su derrota electoral en Oaxaca; el tercero y último fue de finales de 1929, después de su frustrada aspiración presidencial, a 1938, cuando regresó al país y se radicó en Sonora por poco tiempo, pasando luego al Distrito Federal.

⁸⁵ Concatenación más que casualidad, al asumir Vasconcelos la dirección de la Biblioteca de México el secretario de Educación Pública era Jaime Torres Bodet, quien durante el ministerio de Vasconcelos había sido el Jefe del Departamento de Bibliotecas: aunque con las funciones invertidas, queda claro que compartían proyecto y lealtades.

En efecto, un par de ideas rectoras definieron su actuación como bibliotecario⁸⁶. Si bien era consciente de que las instalaciones de la Biblioteca de México no eran las adecuadas, pues se trataba de un edificio de finales del siglo XVIII —La Ciudadela—, desde un principio se avocó a modernizar los servicios bibliotecarios. Obviamente, sus mayores preocupaciones fueron acrecentar el acervo y atraer al mayor número de lectores. Vasconcelos estaba convencido de que una biblioteca no debía ser “una bodega lóbrega de libros amontonados sin orden ni plan”, un sitio de mera conservación de libros, sino uno que fomentara la lectura, pues “la biblioteca complementa a la escuela, en muchos casos la sustituye y en todos los casos la supera”⁸⁷. En efecto, Vasconcelos aseguraba que “la labor de la escuela queda anulada sin la biblioteca”, pues en la segunda “es donde verdaderamente se aprende, leyendo los grandes libros geniales y los pequeños libros útiles”. Para él no había duda: “la biblioteca es más importante que la escuela, porque ninguna escuela puede tener la amplitud de datos, la libertad de orientaciones que se encuentra en cualquier colección bien hecha de libros”⁸⁸.

Como bibliotecario, Vasconcelos se mantuvo fiel a su ideal, consistente en privilegiar la lectura de los grandes autores, pero ¿seguía fiel a sus principios estéticos iniciales, o había modificado Vasconcelos sus radicales criterios? Significativamente, dispuso que en la Biblioteca de México se instalaran bustos de Homero, Esquilo, Sócrates, Platón, Aristóteles, Eurípides, Dante, Lope de Vega, Cervantes, Calderón de la Barca, Goethe y hasta Shakespeare, todos ellos publicados o propuestos para la colección ‘verde’⁸⁹. Sin embargo, es indiscutible que para los decenios de 1940 y 1950 Vasconcelos no sólo había envejecido sino que se había hecho más flexible, menos rígido. Así, aceptaba que para un lector principiante “no sería prudente recomendarles un diálogo platónico”, pues lo conveniente era “recomendarles determinados textos, que aunque corrientes abren el apetito”, como la novela policiaca. Posteriormente, el “mejor cebo para hacer

⁸⁶ Al respecto, consúltese Vasconcelos 1997 dedicado a ese aspecto de su vida. También véanse Sametz 1991, y VV. AA., 2009.

⁸⁷ Vasconcelos 1920, p. 15.

⁸⁸ Vasconcelos 1925, p. 3.

⁸⁹ Todos éstos son los “pilares de la casa espiritual que es esta biblioteca”. *Cfr.* Vasconcelos 1997, p. 19; Vasconcelos 1950, p. 240, y VV. AA., 2009.

caer en la repetición de la lectura” era el género del cuento, entre los que recomendaba a Maupassant, Chejov, Tolstoi, Poe, Kipling, Jack London y Horacio Quiroga⁹⁰.

Por ese entonces se atrevió a definir “los cien libros que es preciso leer para darse cuenta de lo que es la sabiduría” y adquirir “la esencia del saber de todos los tiempos”, seguramente como resultado de la aparición de la colección impulsada por la Universidad de Chicago, de la que él había sido docente durante uno de sus exilios⁹¹, entre 1926 y 1928, titulada *The Great Books*. ¿Cuántas similitudes había con el proyecto de los ‘clásicos verdes’? ¿Cuántos autores aparecieron en las dos listas de Vasconcelos? ¿Cuántos aparecieron sólo en la primera? ¿Por qué fueron eliminados? ¿Cuántos aparecieron sólo en la segunda? ¿Por qué razón fueron incorporados? La comparación de ambas listas es imposible, pues nunca se contó con el proyecto completo de los libros ‘verdes’. Con todo, la segunda lista, de 1944, hecha a sus 62 años, veinte años después de su periodo como secretario, tiene notables características. Para comenzar, acepta que cada pensador elaborará su propia lista, pero asegura que “existen los libros que nadie discute”. Además, aunque previene contra los criterios nacionalistas —“los temas nacionales deberán quedar excluidos de estas listas”—, reconoce que “los clásicos castellanos son para nosotros materia obligatoria”⁹².

Otra característica de esta segunda lista es que no se limita a libros de filosofía y literatura, como la primera, sino que incluye libros sobre ciencia, desde Aristóteles —“El Organum”— y Euclides hasta Copérnico y Newton. Asimismo, para la segunda lista aumenta el número de libros religiosos, pues además de “Los cuatro Evangelios” se recomienda la lectura de “Siete Libros de la Biblia”, “Las florecillas”, de San Francisco de Asís, “La imitación”, de Kempis y un “Resumen” de Santo Tomás, de preferencia el de Etienne Gilson. Vasconcelos volvió a incluir un texto no occidental: si

⁹⁰ Cfr. Vasconcelos 1944b, p. 4. Es de notarse que en esta ocasión ya recomienda la lectura de tres autores angloamericanos.

⁹¹ Recientemente acaban de publicarse por primera vez en castellano algunas de las conferencias impartidas en Chicago, con el título de *La otra raza cósmica*. Véase Vasconcelos 2010.

⁹² Recuérdese que Vasconcelos estaba convencido de que “entre nosotros raro es quien haya seguido la estela de los clásicos castellanos”. Cfr. Vasconcelos 1984b, p. 748.

antes fue Tagore, ahora fue “Las Mil y Una Noches”. Además, ya incluyó un texto medieval: “La Chanson de Roland”. Congruente con su argumentación en cuanto a la obligatoriedad de los clásicos castellanos, en su nueva lista estaban “El Quijote”, algunos dramas —“cinco”— de Lope de Vega y de Calderón, “El Monte Carmelo”, de San Juan de la Cruz, y “Las Moradas”, de Santa Teresa. También propuso más escritores modernos que en la colección ‘verde’, comenzando con Shakespeare y siguiendo con Luis de Camoens, además de Goethe, Balzac y Dostoievsky, lo que supone un tardío reconocimiento al género novelístico⁹³.

Asimismo, a pesar del mal concepto que en un principio tenía de la historia, en su lista de 1944 consignaba a Tucídides, a Gilbert Murray —por su historia de la literatura griega—, a Mommsen, por su “Historia Romana”, y a Denis Richet, así como a varios historiadores de temática mexicana: desde Bernal Díaz del Castillo y las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, hasta el sacerdote e historiador José Bravo Ugarte y el historiador conservador Carlos Pereyra. Otras características de la segunda serie eran: incluía grandes ‘manuales’, como el ya mencionado Murray, y Rodolfo Mondolfo con su “Historia de la Filosofía Antigua”. También incluía libros de ciencias sociales, como la “Economía política” de Werner Sombart, la “Historia del materialismo” de Albert Lange, así como un “Resumen de Marx”. Además, la lista contenía algunos ejemplos de filosofía moderna, como la de Alfred N. Whitehead, la “Psicología” de Paul Janet, “Los Grados del Saber”, de Jacques Maritain, y “Los datos inmediatos de la Conciencia”, de Henri Bergson, así como algunos autores y libros de literatura hispanoamericana, como Rubén Darío, el “Facundo”, “Doña Bárbara” y “El Periquillo Sarniento”, única obra de un mexicano, parquedad que ya le había generado varias críticas durante sus años como secretario de Educación⁹⁴. Por último, en esta lista ya aparecieron autores angloparlantes, como Edgar Allan Poe y Walt Whitman, además de Shakespeare.

⁹³ Cfr. Vasconcelos, 1944a, p. 9. Obviamente, Vasconcelos recomendó todos estos libros y autores ‘de memoria’, pues en varios casos el título es meramente aproximativo.

⁹⁴ Es fácil advertir que en ninguno de los dos momentos incluyó las grandes novelas mexicanas del siglo XIX o de principios del XX. Piénsese en Fernández de Lizardi, Payno, Altamirano, Inclán, Prieto y Gamboa entre otros.

Su segundo listado parte de una precisa definición de 'clásico', "que no es un libro griego o romano, sino una obra que por su mérito intrínseco es considerada como autoridad en algún ramo del saber humano por la opinión general ilustrada"⁹⁵. Esto es, el bibliotecario maduro fue más pragmático que el exaltado secretario, quien había aspirado a que los mexicanos leyeran "las cúspides del espíritu"⁹⁶. Así, por su prolongada lucha en favor de la buena lectura, puede asegurarse que ningún educador mexicano tiene un mérito que se le iguale en cuanto a la construcción de bibliotecas y a la edición de libros. No es aventurado decir que de todos los esfuerzos en que se empeñó a lo largo de su fructífera vida, la publicación masiva, sistemática e imaginativa de libros fue la más importante, la de mayor legado. Por eso puede concluirse que si como político terminó siendo un Ulises, como educador encarnó a Prometeo, pues su mayor afán fue iluminar a su pueblo⁹⁷.

BIBLIOGRAFÍA

AZUELA, MARIANO 1942. *El padre Agustín Rivera*. México: Ediciones Botas.

BLANCO, JOSÉ JOAQUÍN 1977. *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*. México: Fondo de Cultura Económica.

Boletín de la Secretaría de Educación Pública 1922. México: SEP, Dirección de Talleres Gráficos, núm. 1.

——— 1923-1924. México: SEP, Dirección de Talleres Gráficos, núms. 5 y 6.

CASTRO, PEDRO 1992. *Adolfo de la Huerta y la Revolución mexicana*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, Universidad Autónoma Metropolitana.

⁹⁵ Vasconcelos 1946a, p. 12. Otra definición suya de 'clásico' sostenía que es "aquello que ha merecido el honor de la supervivencia entre una multitud de obras difuntas porque ya nadie las lee, nadie las recuerda". *Cfr.* Vasconcelos 1946b, p. 13. Otra definición de Vasconcelos consistía en decir que el libro 'clásico' es el que "debe servir de modelo", "lo mejor de todas las épocas". Véase *Lecturas clásicas para niños* 1924, p. XII.

⁹⁶ Vasconcelos 1925, p. 3.

⁹⁷ Según Felipe Garrido, su política educativa fue "prometeica". *Cfr.* Garrido 1984, p. 186.

- CASTRO, PEDRO 1998. *Adolfo de la Huerta. La integridad como arma de la revolución*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Siglo Veintiuno Editores.
- 2002. *Adolfo de la Huerta*. México: Planeta DeAgostini.
- COSÍO VILLEGAS, DANIEL 1976. *Memorias*. México: Joaquín Mortiz.
- CURIEL, FERNANDO (ed.) 1994. *Casi oficios. Cartas cruzadas entre Jaime Torres Bodet y Alfonso Reyes, 1922-1959*. México: El Colegio de México-El Colegio Nacional.
- DUMAS, CLAUDE 1986. *Justo Sierra y el México de su tiempo, 1848-1912*. México: UNAM, 2 v.
- ENRÍQUEZ PEREA, ALBERTO (comp. y notas) 1999. *Testimonios de una amistad. Correspondencia Alfonso Reyes/Daniel Cosío Villegas (1922-1958)*. México: El Colegio de México.
- FELL, CLAUDE 1989. *José Vasconcelos, los años del águila (1920-1925). Educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*. México: UNAM.
- (comp. y notas) 1995. *La amistad en el dolor. Correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes, 1916-1959*. México: El Colegio Nacional.
- GARCADIIEGO, JAVIER 1974. *La revuelta de Agua Prieta*. México: UNAM. [Tesis de licenciatura.]
- 1996. *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*. México: El Colegio de México-UNAM.
- 2010. "Vasconcelos y el mito del fraude en la campaña electoral de 1929", en *20/10 Memoria de las revoluciones de México* 10, México: RGM/Medios, pp. 9-31.
- GARRIDO, FELIPE 1984. "Ulises y Prometeo. Vasconcelos y las prensas universitarias", en *José Vasconcelos: de su vida y su obra. Textos selectos de las Jornadas Vasconcelianas de 1982*. Comps. Álvaro Matute y Martha Donís. México: UNAM, pp. 179-199.
- GORDON, SAMUEL 1997. *Carlos Pellicer. Breve biografía literaria*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Ediciones del Equilibrista.
- HERNÁNDEZ LUNA, JUAN 1986. *La Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos (en el sexenio de Adolfo López Mateos, 1959-1964)*. México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- HOMERO 1921. *La Ilíada*. México: Universidad Nacional de México.
- KRAUZE, ENRIQUE 1983. "Pasión y contemplación en Vasconcelos", *Vuelta*, núms. 78-79.
- 2010. "Vasconcelos: libros, aulas, artes", *Letras Libres*, 139, núms. 40-45.

- LAGOS CARMONA, GUILLERMO (biografía y antología) 1945. *Gabriela Mistral en México. Premio Nobel de Literatura*. México: SEP.
- Lecturas clásicas para niños* 1924. México: Departamento Editorial de la SEP.
- LOYO, ENGRACIA 1988. "La lectura en México, 1920-1940", en *Historia de la lectura en México*. México: El Colegio de México-Ediciones del Ermitaño, pp. 243-293.
- MONSIVÁIS, CARLOS 2010. *Historia mínima de la cultura mexicana en el siglo xx*. México: El Colegio de México.
- QUINTANA PALI, GUADALUPE et al. 1988. *Las bibliotecas públicas en México: 1910-1940*. México: SEP.
- QUIROZ FLORES, SONIA 1982. *De guerreros a generales (los primeros pasos hacia la institucionalización del ejército mexicano en el interinato de Adolfo de la Huerta)*. México: UNAM [Tesis de licenciatura].
- ROBLES, MARTHA 1989. *Entre el poder y las letras. Vasconcelos en sus memorias*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ROGGIANO, ALFREDO A. 1989. *Pedro Henríquez Ureña en México*. México: UNAM.
- SAMETZ DE WALERSTEIN, LINDA 1991. *Vasconcelos. El hombre del Libro. La época de oro de las bibliotecas*. México: UNAM.
- SCHNEIDER, LUIS MARIO 1991. *Gabriela Mistral: itinerario veracruzano*. Xalapa: Universidad Veracruzana.
- TORRES BODET, JAIME 1922. "Informe que rinde el Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública", en *Boletín de la Secretaría de Educación Pública* 2. México: Secretaría de Educación Pública/Dirección de Talleres Gráficos, pp. 159-162.
- 1981. "Tiempo de arena", en *Memorias*. México: Editorial Porrúa, t. I, pp. 3-218.
- TORRI, JULIO 1995. *Epistolarios*. Ed. Serge I. Zaitzeff. México: UNAM.
- VASCONCELOS, JOSÉ 1919. "Libros que leo sentado y libros que leo de pie", en *Divagaciones literarias*. México: Tipografía de Murguía, pp. 9-14.
- 1920. *Proyecto de ley para la creación de una Secretaría de Educación Pública Federal*. México: Universidad Nacional.
- 1925. "La enseñanza de la lectura", *El Universal*, 7 septiembre, p. 3.
- 1937. *Historia del pensamiento filosófico*. México: Ediciones de la Universidad Nacional de México.
- 1944a. "Los cien libros", *Todo*, 26 octubre, p. 9.

- 1944b. “Regale libros”, *Novedades*, 22 diciembre, p. 4.
- 1946a. “El libro”, *Todo*, 11 julio, p. 12.
- 1946b. “El gusto literario”, *Todo*, 18 julio, p. 13.
- 1950. “La Biblioteca de México. Discurso inaugural”, en José Vasconcelos, *Discursos, 1920-1950*. México: Ediciones Botas, pp. 234-240.
- 1981a. “De Robinsón a Odiseo. Pedagogía estructural”, en *Antología de textos sobre educación*. Intr. y selecc. de Silvia Molina. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 32-146.
- 1981b. “Indología”, en *Antología de textos sobre educación*. Intr. y selecc. de Silvia Molina. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 147-202.
- 1983a. *Ulises criollo*, en *Memorias*. México: Fondo de Cultura Económica, t. I, pp. 7-451.
- 1983b. *La tormenta*, en *Memorias*. México: Fondo de Cultura Económica, t. I, pp. 455-955.
- 1984a. *El desastre*, en *Memorias*. México: Fondo de Cultura Económica, t. II, pp. 9-598.
- 1984b. *El proconsulado*, en *Memorias*. México: Fondo de Cultura Económica, t. II, pp. 601-1178.
- 1997. “La Biblioteca de México. Discurso inaugural”, en *Biblioteca de México* 41. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 17-19.
- 2010. *La otra raza cósmica*. Trad. y notas de Heriberto Yépez. Pról. Leonardo da Jandra. México: Editorial Almadia.
- VV. AA. 2009. *Vasconcelos bibliotecario: promotor, constructor y director de bibliotecas. Homenaje en los cincuenta años de su fallecimiento*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- ZAHAR VERGARA, JUANA 1995. *Historia de las librerías de la Ciudad de México. Una evocación*. México: UNAM.
- ZAITZEFF, SERGE I. (comp.) 1990. *De casa a casa. Correspondencia entre Manuel Tousseint y Alfonso Reyes*. México: El Colegio Nacional.
- (ed.) 2002. *Correspondencia entre Carlos Pellicer y Germán Arciniegas, 1920-1974*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.